

X RAFAEL DIAZ ICAZA

X CARTAS DEL TIEMPO AJENO

I

Ahora te escribo, madre, desde Hoy.
Te mando desde París y desde Nueva York,
desde una choza en África
y desde un rascacielos,
unas noticias sobre esta deshora.

Cuando quedó mi padre prisionero,
ciudadano del sueño para siempre,
yo conté mi familia
y salí a completarla por el mundo.

Recibo, desde entonces, todas las puñaladas,
me duele que mi hermano
de más allá del mar
—meridiano del llanto japonés,
paralelo argelino—
halle estroncio en el vaso de su leche.

Cuando regreso, desde ayer, a tí,
te contemplo dormida sobre un tiempo de hierro,
crucificada de luchas y de adioses,
extraviada, porque quieres así, de esta pelea
para la que tu mano tiene la azucena.

II

Me llamo Jim Nevada o Vadim Poliacovski.
Tú eres mi madre, y tienes

un pequeño pomar en California
o una finca en Ucrania.

Pienso que me recuerdas vestido de labriego,
de militar, de obrero y corredor de bolsa.
Hoy visto un traje de explorador del cielo:
trabajo en una rampa lanzadora de cohetes.

¿Cómo está nuestro hogar en San Francisco?
¿Te sigue haciendo bien
la alegría de Kharkov?
No sabes cuánto quema este cielo de alambre,
si nado en gin secreto toda la malanoche
y pienso que estás sola
y en este mismo instante puede dolerte el pecho.

¿Qué puedo responder
me pregunta Lisa
cuál es mi profesión?
¿Cómo puedo contarle todo el miedo,
toda la incertidumbre de estos días?

Pienso que ahora preparas mi plato preferido
y un pan albo y crujiente de dulzura
nace desde tus manos
y el tío Roger habla de la guerra
y pregunta por mí.

III

Pese a que estamos lejos, recuerdo haberte visto
caminar por los puertos miserables,
desgajada y parchada por los desengaños,
empeñada de visas y de pasaportes,
vestida de mendiga y de extranjera.

Te amé cuando comías
en los mercados pobres
desconsolados trozos de piltrafas,
vísceras de animales

Inolvidable, estuve al lado tuyo
adobadas con sal y con limón.
encogido en la Piazza Garibaldi,
tarareando canciones melancólicas

a los turistas rubios
gozosos de la "alegría napolitana".

¿Se puede andar tanto sin destino,
empujado tan sólo por el miedo?
¿Se puede correr tanto, sin tener
un paso, un ojo, un pan,
una palabra de acuéstate y es tarde,
de sécate los ojos?

Perdona que te escriba en esta noche
de Nápoles, en esta noche azul ajena y sola,
para rogarte, madre,
que me tiendas la mano sobre el mar.



Te escribe tu ángel falso
que ha perdido sus alas en un juego de dados.
Y escucha un río, amiga,
y lo siente venir
desde las marejadas del ayer.

Tras tu sombra dorada por el tiempo, hay un río
y viene cantando,
un río que se llama el futuro,
la paz, el abrigado siempre,
la ternura.

Para que no te hieran manos oscurecidas,
seguimos la vigilia, tus hijos, por la tierra.
Ahora me recuerdas:
yo vencía en las tardes de mamey cartagena
y soltaba los pájaros finales
sobre la madrugada.

Y era el que penaba tu soledad, mi madre,
mi hermanita pequeña, el que a ciegas,
sin comprender por qué, te besaba en los ojos
cansados de llorar la lejanía del sueño.

Agosto de 1960